

BX 1374  
03



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*Al Sr. Canónigo D.  
Samuel Argüelles,  
ofrece con el mayor cariño este pobre  
recuerdo  
El Autor.*

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

48453

Ilmos. y Rmos. Señores Arzobispos y Obispos,  
honorable Academia, Señores:

**O**YOSE un ruido pavoroso y desgarrador que conmovió hasta sus cimientos el edificio social. Sacudidas de recio vendaval empujaron los muros de la ciudad eterna y de toda la Europa; era el estruendo revolucionario de los filósofos del siglo XVIII.

D'Alambert, el marqués de Argens, de Marsais, Lamatrie, Condillac y Diderot, concibieron un plan devastador pretendiendo suprimir no sólo la religión, sino al mismo Dios, y no dejar al hombre mas que el culto de la razón. Voltaire figuró en sus filas, llegó tarde, pero supo adelantar tiempo con presteza, y logró ponerse al frente de esta falange.

Para agitar con más eficacia, se formó una liga, y cada uno tomó su parte en la obra destructora: Voltaire lanzó una multitud de folletos; Condillac publicó el origen de los conocimientos humanos; Helvetius escribió el Espíritu, y Juan Jacobo Rousseau publicó en Ginebra el Pacto Social.

A la doctrina siguió rigurosamente la práctica, se burlaron de los más sagrados deberes, y la corrupción desbordándose como un torrente, circuló por todas las venas de la sociedad. De Francia pasó á Prusia, Sajonia, Polonia, España,

012513

Italia y á todo el mundo europeo, el movimiento revolucionario. El Papa Clemente XIII tuvo el dolor de ver todos estos sucesos sin poder oponerse á ellos. Pero cuando el duque de Parma publicó contra el clero de sus Estados órdenes vejatorias, habló con energía y autoridad y supo resistir las necias pretensiones de los revolucionarios, confirmando la insigne Compañía de Jesús. En medio de la más profunda amargura y á pesar de la honda conmoción que sufrían los intereses de la Iglesia, jamás dejó de trabajar el Papa por la dicha de sus súbditos: "No deseamos la gloria, decía, sino el bien de nuestros pueblos." Así lo realizó el Santo Pontífice, pues entre las grandes obras que llevó á feliz término, hizo construir el hermoso puerto de Civita-Vecchia, y durante la miseria que reinó en 1764 se mostró tan prudente como caritativo.

Pío VI, el mártir de la convención nacional francesa, que cuando subió al trono dirigiéndose á los Cardenales les dijo: "Venerables padres, se ha terminado vuestro cónclave, pero vuestra elección causa mi desgracia;" cruzó digno, augusto, el penoso camino de Roma á Valence, legando á la humanidad ejemplo de resignación y virtudes cristianas.

Pío VII, después de su prisión en Fontainebleu, regresó á Roma en donde desplegó toda su actividad para reparar los males causados durante su destierro, y rehabilitó á la Compañía de Jesús.

Gregorio XVI, reorganizó las universidades, introdujo considerables mejoras en todos los ramos de la administración, publicó nuevas disposiciones penales, dió una repartición más equitativa á los impuestos, estableció tribunales de comercio en Roma, en las provincias y puertos de mar, fundó el museo Etrusco en el Vaticano, é hizo construir la Basílica de San Pablo.

Pío IX estudió también las necesidades de su época, fundó en sus Estados un orden político y administrativo, procuró asegurar la soberanía temporal de la Santa Sede, y decretó una amnistía que perdonaba á los condenados políticos y abría las puertas de Italia á los desterrados; se suspendieron los procesos, los prisioneros salieron de las cárceles

y entraron en el seno de sus familias bendiciendo la mano protectora que los había tornado á sus hogares. La multitud se agrupó en torno del Quirinal llamando al Papa con entusiastas aclamaciones.

Pero, ¿cómo no recordar con entusiasmo la gloriosa historia de los Pontífices que fundan las naciones modernas sobre las ruinas del mundo pagano; que protegen las ciencias y las artes, y todo linaje de útiles descubrimientos; que son los autores de las Cruzadas, de la Tregua de Dios, de la abolición de la esclavitud; que crean, en fin, la civilización cristiana con su espíritu de verdadera libertad y de verdadero progreso? ¿Cómo olvidar que hay un siglo de León X, como hay un siglo de Augusto; que Nicolás V contribuye grandemente al progreso de las letras; que en plena Edad Media ocupa la Cátedra de San Pedro un Papa tan sabio como Gerberto? Cómo no prosternarse ante la figura de Gregorio VII, una de las más grandes personalidades que han regido la Iglesia, ante la que aparecen pequeños los grandes genios que el mundo admira, y que hizo exclamar al primer Bonaparte: "Si yo no fuera Napoleón, querría ser Gregorio VII."

León el Grande, detiene á Atila en el camino de Roma: Adriano IV, resiste con la firmeza de un héroe las violencias del Emperador Federico I; Inocencio III, eleva el trono Pontificio á altísimo grado de esplendor; Bonifacio VIII, es el enérgico adversario de Felipe el Hermoso; Pío V, el vencedor de Lepanto; Pío VI el mártir de la revolución Francesa; Pío IX, el mártir de la revolución universal.

¿Dónde están los crueles perseguidores del reino de Cristo? ¿Dónde el imperio de los Señores del mundo que enviaban al suplicio á los Pontífices de los tres primeros siglos? ¿Dónde los reyes que talan, devastan é incendian la Iglesia y Roma? ¿Dónde la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia? ¿Dónde esas repúblicas de Italia que se prometían la inmortalidad á la sombra de la independencia? ¿Dónde están los reinos, las confederaciones, las repúblicas que diseñaba Napoleón con la punta de su espada? Nada existe: todo pasa y muere, como pasa y muere la espuma

que va deshaciendo la ola. Sólo el Pontificado permanece sereno é impenetrable, quizá más vigoroso que en los primeros albores de su existencia, porque asienta su base en toda la redondez de la tierra y toca con sus almenas la inmensa y azulada bóveda del cielo.

León XIII continúa la luminosa estela que dejaron sus ilustres predecesores.

A la muerte de Pio IX el mundo entero se sobrecogió de espanto, el horizonte estaba cubierto de negros nubarrones. Prusia é Italia y todos los revolucionarios pretendían impedir la elección de un nuevo Papa. ¡Insensatos! Los Pontífices mueren, pero el Pontificado es inmortal. De los despojos del gran Pio IX, surge la importante y sublime figura de León XIII. El virtuoso Cardenal Pecci, cuyas lágrimas mojaban sus mejillas en los momentos en que oía repetír su nombre como candidato para la silla pontificia, celoso Arzobispo-Obispo de Perusa durante 32 años, Delegado Apostólico de Bruselas, elevado teólogo, profundo filósofo, notable jurisconsulto, inspirado poeta y admirable estadista, es el que ciñe la triple corona de los sucesores de Pedro. *Lumen in coelo* lo predijo el Profeta: astro esplendente que ilumina con divinos resplandores todos los horizontes de la historia contemporánea. *Lumen in coelo*: faro de fulgor inextinguible de donde brotan rayos de luz en todas direcciones. *Lumen in coelo*: relámpago que centellea al desencadenarse la tempestad. *Lumen in coelo*: meteoro de purpurina luz que traza su arco cintilante en la inmensa bóveda de la noche.

Contemplar esa figura admirable, arrancar al mundo social algo de sus más grandes problemas para resolverlos según las enseñanzas de esa luz de los cielos, tal es, Señores, mi cometido en esta tribuna.

\*  
\* \*

Existe un fenómeno sociológico de primera magnitud que no por caer bajo el imperio del Derecho internacional ó de gentes, deja de pertenecer á los de esa clase. Dicho fenó-

meno, ó pasa desapercibido aun á los ojos de profundos pensadores, ó es de tal modo ardua su resolución que apenas se atreven á plantear el problema. Más á pesar de lo obscuro é intrincado del asunto, no cabe duda que es del más grande y trascendental interés para todas las naciones que forman el mundo civilizado.

El desenvolvimiento natural de los pueblos, el constante desarrollo á que inalterablemente se sujetan todos los seres de la creación, desde aquellos infinitamente pequeños que apenas parecen animados por el misterioso soplo de la vida, hasta el hombre, resumen de todo cuanto bulle y se dilata en el universo, es la causa humana y latente del continuo adelanto que se obra á maravilla en toda la redondez de la tierra.

Las naciones se comunican con prodigiosa rapidez por medio de los vapores y de la electricidad; se abren con toda amplitud los puertos y las aduanas para dar paso á los productos del extranjero; existe una fiebre de comercio aún entre los pueblos más lejanos, que obedeciendo á las leyes económicas cambian lo que les hace falta para dar á los otros lo que estos necesitan, y las constituciones de los estados no ponen resistencia á la inmigración ni á las emigraciones.

No hay distancia bastante larga para impedir las comunicaciones. Los pueblos estrechan sus alianzas; se abren bancos y cambios de moneda para facilitar las operaciones mercantiles; se envían Embajadores unas á otras potencias á fin de mantener ó crear sus relaciones amistosas, y todas se unen para procurarse civilización y progreso. Sin embargo, si dirijimos una mirada escudriñadora á todos los puntos del Globo, la historia contemporánea nos presenta un cuadro doloroso del estado actual de las Naciones: Turquía y Macedonia, Inglaterra y el Transval, la China y el Japón, Colombia y Venezuela, la Argentina y el Chile, son el testimonio incontrovertible de la actitud hostil y guerrera que revisten las potencias. ¿Quién ignora la crítica y angustiosa situación por que atraviesa la república de Venezuela; las reclamaciones con que la asedian Italia, Alemania é Inglaterra; el bombardeo del fuerte San Carlos y el bloqueo reciente de sus costas?

Envejecidas unas naciones, tras larga y penosa experiencia, en la acumulación de elementos útiles y necesarios para su prosperidad nacional; otras en la infancia ó en la virilidad, todas ellas llevan á un punto inasequible el sentimiento de su propio bien y de sus intereses, declarándose la guerra muchas veces por motivos fútiles ó injustificados.

Hemos llegado á un alto grado de civilización y de progreso; el Siglo XIX, y los comienzos del siglo XX son el teatro de los grandes descubrimientos en todos los ramos del saber humano; y sin embargo, en el derecho de gentes estamos tan rudimentarios quizá, como en los tiempos de barbarie. El "voe victis" es todavía el lema de los pueblos. El derecho del más fuerte, la preponderancia del robusto sobre el débil, la febril ambición de ensanchamiento sin respetar los más sagrados derechos ni reparar en los medios: he aquí la historia de las naciones civilizadas del mundo contemporáneo.

Hay hechos novísimos que manan sangre y piden justicia contra los fuertes. El despojo, el atropello ó el abandono de pueblos como Polonia, Irlanda, Grecia, España y el Transvaal, no tendrán disculpa alguna ante la historia, que juzgará severamente á los Estados que fueron y son sus verdugos, bajo pretextos inconciliables con la razón y el derecho. Y, ¿para qué lanzar nuestras miradas sobre sitios más ó menos lejanos, si somos nosotros las víctimas vivientes de esa desmedida ambición, de esos procedimientos injustificables que claman venganza al cielo y á la posteridad?

En 1821 era nuestra toda nuestra patria, y hoy casi nada es de nosotros. Tejas, Nuevo México, La Alta California y una gran parte de la frontera ya no nos pertenecen. Los ferrocarriles, los bancos, las fábricas, los grandes cultivos, el comercio exterior é interior, todo es ajeno.

¡México, duerme en una era de paz; engañado por la fecundidad de una tierra que sin fatiga del hombre prodiga todos sus frutos, por las enervantes dulzuras de un clima delicioso, en que las noches son tan templadas y tan claras como los días, en que las brisas de sus más ardientes veranos parecen aliento tibio de hadas, y las ráfagas de sus más cru-

dos inviernos, apenas golpean la cútis como con pétalos de rosas empapadas en rocío!; De lejos ves á las naciones tus hermanas empeñadas en lucha fractricida; desde tu tienda de gardenias, bajo un cielo sin nubes y aspirando el perfumado ambiente de tus vergeles, contemplas con cruel indiferencia la sangre que corre por los campos vecinos!; Despierta, sí, despierta, el enemigo está al frente y no lo ves; próximo á precipitarse sobre su víctima indefensa, te abre el gabinete dorado de su hipocresía para burlarse despues de tí é imponerte sus leyes!; Tiempo es ya de que levantes tus clamores y los unas á los de todo el mundo!

Las miradas de todas las naciones se vuelven al Vaticano, todas las esperanzas vuelan á posarse en su cumbre eminente y todas las manos crispadas por los horrores de la guerra, pugnan por llegar á ese bendito asilo en donde mora el padre de la humanidad.

Este es el gran problema, señores, que domina de uno á otro hemisferio todos los puntos del globo; problema de incalculables alcances, porque tiende á evitar la guerra, principio y fundamento de todas las calamidades, causa de la paralización del comercio, origen en fin, del empobrecimiento del erario y de las fortunas de los particulares. ¿Qué ha hecho la ciencia para conjurar semejante mal? ¿Qué han hecho los Estados? El derecho internacional nacido ayer, apenas formula cuestión de tanta trascendencia. Las naciones dominadas por el militarismo, lejos de apartarse del peligro, caminan presurosas á su disolución, al caos. ¿Quién salvará al mundo? Solo el Papa, solo ante esa luz de los cielos podrá decifrarse el enigma, solo será seguro el camino trazado por ese gran vidente, como un nuevo y fúlgido iris en el espacio tétrico de nuestras desventuras.

¿Pero, quién podrá exponer, siquiera en un punto, el sublime magisterio de León XIII, llamado por un notable escritor contemporáneo, con mucha propiedad, el novísimo Testamento; porque, "si con el nuevo que inspiró el Espíritu Santo se salvó el mundo del caos del paganismo, con éste, dictado también por el Divino Espíritu, se salvará el mundo del segundo caos, el caos del filosofismo."

Todas las enseñanzas de León XIII son verdaderamente admirables: sus Encíclicas: *Inscrutabili Dei* acerca de la Iglesia en sus relaciones con la sociedad: *Quod Apostolica* acerca del socialismo; *Aeterni Patris*, respecto de la filosofía de Sto Tomás; *Diuturnum illud*, en que se establece el principio de autoridad y las relaciones de los Príncipes con la Iglesia Católica; *Immortale Dei y Libertas*, acerca de la constitución cristiana de los Estados y de la libertad humana, y otros innumerables documentos que han brotado como fúlgidos destellos de la excepcional sabiduría del Pontífice reinante. Pero si son notables todas estas producciones, yo juzgo grande, muy grande, magna sobre todas las demás, la Encíclica *Epístola Apostólica*, en que el Papa, caminando sobre las lavas encrespadas para arrancar de las manos de Eolo las férreas bridas de los huracanes, y lanzando una de esas miradas que dominan siglos, que abarcan todas las etapas de la humanidad, se levanta sobre su pedestal de grandeza infinitamente mayor que la de todos los reyes del mundo, y dirigiéndoles su voz prepotente á la par que dulce y armoniosa, da á luz ese monumento de justicia y de sabiduría, ese poema de celestial ternura.

Allí, el Papa, como el angel del Apocalipsis fija sus miradas en los cuatro puntos del globo, para llamar á todos los pueblos en nombre del Supremo Dominador de las naciones, y como Cristo en la cumbre del Gólgota extiende sus brazos para atraer á la unidad, á todos sus hijos. Después de dirigirse al Oriente con clamores de paternal solicitud, llamando á los cismáticos á formar una grey con el Pastor Divino; después de fijarse en aquellos lugares de imperecedera memoria, fecundados por la sangre del Dios-Hombre, de donde han brotado regueros de luz que inundan con claridad indeficiente los espacios y los cielos; después de hablar palabras de singular amor y exquisita ternura á aquellos que durante tres siglos viven separados del Jefe de la Iglesia por una rebelión asoladora, exclama: "Tenemos á la vista los tiempos de la Europa. Desde hace muchos años se vive en una paz, más aparente que real. Los pueblos, llenos de mutua desconfianza se preparan á la guerra. La juventud, alejada

del cultivo de las ciencias, de las artes, de la industria y del comercio, se entrega con denuedo á la vida militar. Por eso están exhaustas las arcas del Estado, menguada la riqueza nacional, endémico el comercio y empobrecidos los particulares. Semejante estado de paz armada se hace ya intolerable. No es esta la condición natural de las naciones, que exige la unión de todos los hombres." Pero, ¿cuál es, oh Padre Santo, el remedio á tanto mal? ¡Hablad, que de vuestros labios están pendientes todas las potestades de la tierra; derramad un rayo de esa sabiduría beatífica que solo puede emanar de Aquel que en los inmensos tesoros de su grandeza, mueve los corazones y fecunda las inteligencias! El Papa con voz dulce y apacible, como debió hacerlo el Salvador del mundo cuando con la suya conmovió toda la naturaleza derrocando á los dioses del Paganismo, resuelve con admirable sencillez un problema tan arduo que no han podido formular siquiera los más grandes publicistas. "Para refrenar, dice, la ambición, el deseo de lo ageno y la rivalidad, que son los principales motivos de la guerra, nada hay más eficaz que la virtud cristiana y sobre todo la justicia, cuyo oficio es estrechar los vínculos de la fraternidad y conservar íntegra entre las naciones la santidad de los tratados y de sus mutuos derechos. Que se eduque á la juventud en estos sentimientos de justicia: que se inculque en todos los individuos el respeto á los derechos agenos, respeto que solo puede practicarse debidamente en la religión de Aquel que dijera con infinita sabiduría: "Justitia elevat gentes." "Quae sunt Caesaris, Caesari, quae sunt Dei Deo;" y en esto se hallará la salvaguardia del bien público, más segura aún que que la que prestan las leyes y las armas."

Callen Hugo de Grocio, Puffendorf, Mr. Felix, William Scot, Wolf, Vatel, Rutherford, Burlamaqui, Bluntschli y todos los publicistas antiguos y modernos; enmudezca la Grecia y sus filósofos que ignorando del todo el derecho internacional proclamaron principios absolutamente opuestos; húndase de vergüenza la Señora del mundo, el monumento más antiguo de la legislación romana que en la ley de las Doce Tablas formulaba el bárbaro principio de "adversus